



Rizoma: la fluidez del deseo en la escritura

Rhizome: the fluidity of desire in writing

Diego Alfonso Landinez Guio 

Universidad La Gran Colombia, Colombia, Colombia

✉ dalandinezg@hotmail.com

Fecha de recepción del manuscrito: 30/01/2024

Fecha de aceptación del manuscrito: 01/05/2024

Fecha de publicación: 19/05/2024

Resumen — El presente trabajo es una reflexión de la relación entre los conceptos de rizoma, deseo y escritura con base en el examen de algunos apartados de Mil mesetas de Deleuze y Guattari. Partiendo del análisis de la conceptualización que realizan estos autores se intentará clarificar la idea de que la escritura es una forma en la que el deseo puede producirse como rizoma. Para ello se hará referencia a la manera en que este último concepto se articula con otras mesetas de la obra deleuziana, con el fin de ofrecer una lectura de los procesos que se dan en la producción del inconsciente y la manera en que es posible trazar líneas de fuga en la relación política entre lo molar y lo molecular. Una vez dicho esto se caracterizará la escritura como un proceso micropolítico del deseo.

Palabras clave — rizoma, deseo, líneas de fuga, molar, molecular.

Abstract — The present work is a reflection on the relationship between the concepts of rhizome, desire and writing based on the examination of some sections of A Thousand Plateaus by Deleuze and Guattari. I start with analyzing of the conceptualization carried out by these authors, and I attempt clarify the idea that writing is a form in which desire can be produced as a rhizome. To do this, I will show the way in which this last concept is articulated with other plateaus of Deleuzian work, in order to offer a reading of the processes that occur in the production of the unconscious and the way in which it is possible draw lines of flight in the political relationship between the molar and the molecular. Finally, I will characterize writing as a micropolitical process of desire.

Keywords — rhizome, desire, lines of flight, molar, molecular.

Para Citar: Landinez Guio, D. A. (2024). Rizoma: la fluidez del deseo en la escritura. Dialektika: Revista De Investigación Filosófica Y Teoría Social, 6(16), 105–112. <https://doi.org/10.51528/dk.vol6.id142>.

INTRODUCCIÓN

El ejercicio de pensar por uno mismo es una de las tareas más difíciles de este tiempo. La gran cantidad de información que se consume hoy impide reflexionar con claridad sobre una idea y captura nuestra atención en un océano de datos mal digeridos. Los textos atiborrados de citas y de citas de citas que exige la academia tienden a diluir el pensamiento propio, en un cúmulo de referencias cada vez más indirectas donde la escritura se convierte más en una práctica defensiva, bajo la protección de alguna autoridad, que en la evidencia de que realmente se tiene algo que decir. La resistencia a la homogenización del pensamiento parece venir, entonces, de la búsqueda de una voz propia, en el intento por decir lo indecible, por pensar lo impensado. Por supuesto, esto no implica asumir el pensamiento como algo que surge espontáneamente de un sujeto original y dueño de sí mismo, sino examinar aquello que nos ha constituido y las ideas que, sin saberlo, repetimos asumiendo que son nuestras; quizá implica darnos cuenta que pensar por nosotros mismos empieza por reconocer, en principio, que somos una marca en el lienzo del mundo y que es allí donde tiene sentido pensar(nos).

En esta búsqueda, es posible inscribir la obra de Deleuze, cuyo propósito fundamental, en palabras de José Luis Pardo (2014), es iniciar una variación en el ejercicio del pensamiento, introducir una diferencia en la práctica de la filosofía, tanto en su contenido, como en sus formas de expresión (pp. 15-16). De ahí que sus reflexiones hayan despuntado, y sigan todavía haciéndolo, como una perspectiva crítica, en una época que ha hecho suya la disputa de las interpretaciones:

Pertenezco – dice Deleuze (1996)- a una de las últimas generaciones que han sido más o menos asesinadas por la historia de la filosofía. La historia de la filosofía ejerce, en el seno de la filosofía, una evidente función represiva, es el Edipo propiamente filosófico: No osarás hablar en tu propio nombre hasta que no hayas leído esto y aquello, y esto sobre aquello y aquello sobre esto (p. 13).

La historia de la filosofía es un punto de partida que no puede ser para el pensamiento el exclusivo punto de llegada sin dar la impresión de nunca haber zarpado, de encallar parasitariamente en costas demasiado seguras que, sin embargo, sobreviven gracias a los intrépidos viajeros que lograron franquear la línea del horizonte. Por ello, Deleuze propone un tipo de lectura que no quede presa del comentario, de la interpretación, de aquel movimiento centrípeto que ordena escribir el libro del libro, hasta el infinito, sino que asuma aquello que lee “como una máquina asignificante cuyo único problema es si funciona y cómo funciona, que no se limite a explicar y comprender, sino que genere una conexión eléctrica” (Deleuze, 1996, p. 16).

El problema de cómo entender y practicar la lectura es, por consiguiente, inseparable del problema de cómo abordar la escritura, cuestión para la cual Deleuze y Guattari proponen el concepto de rizoma. Pero este es más que un método de lectura y escritura: para los autores de *Mil mesetas* rizomático es el deseo mismo. Por tanto, la presente exposición examinará la relación entre los conceptos de rizoma, deseo y escritura con base en el examen de algunos apartados de la obra de Deleuze y Guattari: se intentará clarificar la idea de que la escritura es una forma en la que el deseo puede producirse, para lo cual se hará referencia a la manera en que el concepto de rizoma se articula con otros, con el fin de ofrecer una lectura (¿quizá una interpretación?) de los procesos



que se dan en la producción del inconsciente y caracterizar la escritura como un proceso micropolítico del deseo.

Deseo, libro y rizoma

En principio el deseo es indefinible. No es posible predicar con exactitud su sentido en la medida en que es asignificante, es indeterminable más allá de los agenciamientos singulares que produce y por los cuales es producido:

“Ello funciona en todas partes, bien sin parar, bien discontinuo. Ello respira, ello se calienta, ello come. Ello caga, ello besa. Qué error haber dicho el ello. En todas partes máquinas, y no metafóricamente: máquinas de máquinas, con sus acoplamientos, sus conexiones. Una máquina-órgano empalma con una máquina-fuente: una de ellas emite un flujo que la otra corta” (Deleuze y Guattari, 1972, p. 11).

El deseo es el movimiento de los flujos que pasan y se cortan a través de las máquinas que se conectan, es la conjugación y el agenciamiento de dicha pluralidad. Pero el rostro del deseo no responde a una conceptualización universal, es una construcción móvil que se rehace en cada momento para cada quien y sus propias máquinas.

Lo importante del deseo no es lo que signifique, por cuanto el significado funciona como captura de sus flujos, como cualificación de las materias que se territorializan en torno a los centros de poder. Lo verdaderamente importante es la conexión entre las máquinas por las que el flujo pasa, se corta y se conjuga con otros flujos. Pero de la misma manera que los flujos se cruzan en campos de consistencia, se territorializan, también se desterritorializan en líneas de fuga, se escapan de las segmentaridades y los códigos, en la búsqueda de nuevas conexiones que a su vez reterritorializarán otros flujos. El deseo es, ante todo, producción del inconsciente maquínico.

Un libro también es un agenciamiento, está compuesto de materias múltiples que impiden que sea atribuido a un sujeto o que se le atribuya un objeto sin perder de vista la multiplicidad que lo conforma, la pluralidad de flujos que en él se conjugan y que, en cuanto tales, se desterritorializarán en la búsqueda de otras conexiones. No obstante, hay tres figuras del libro. El libro-raíz, que responde a divisiones dicotómicas que organizan sus materias estratos binarios. Es el modelo ramificado del árbol que ya Platón utilizaba en *El Político* para comprender metódicamente la naturaleza del concepto que cazaba. Es también el modelo que sigue Chomsky en el análisis lingüístico, cuyo categorial S “es un marcador de poder antes de ser un marcador sintáctico” (Deleuze y Guattari, 1980, p. 13). El segundo tipo es el del sistema-raicilla, una especie de falsa multiplicidad cuya unidad trascendente actúa como todo unificador en una dimensión superior. Es quizá la obra cuya Unidad se percibe al final, pero que está determinando el comienzo como finalidad, es decir, como teleología. La tercera forma es el rizoma.

El rizoma es un sistema abierto, no está configurado conforme a un eje pivotante que determina la organización de los elementos, sino que permite la conexión desde cualquier punto del rizoma con cualquier otro. Las conjugaciones de flujos de ideas, de palabras y los demás elementos que intervienen en la producción del libro pueden formar siempre nuevas conexiones con elementos no necesariamente lingüísticos: “eslabones semióticos de cualquier naturaleza se conectan en él

con formas de codificación muy diversas, eslabones biológicos, políticos, económicos, etc., poniendo en juego no sólo regímenes de signos distintos, sino también estatutos de estados de cosas” (Deleuze y Guattari, 1980, p. 13). El libro no remite irremediamente a otro libro, sino a estados de cosas en las que las palabras son solo una parte de la maquinaria. El libro, en esta concepción rizomática, produce cambios, permite o impide la acción, da sentido o lo quita. En suma, el libro siempre agencia su afuera, como afirman Deleuze y Guattari (1983) con respecto a la obra de Kafka: “Un rizoma, una madriguera, sí; pero no una torre de marfil. Una línea de fuga, sí, pero de ningún modo un refugio (...) vivir y escribir, el arte y la vida no se oponen más que desde el punto de vista de una literatura mayor” (p. 63).

La multiplicidad del rizoma es irreductible a cualquier unidad, es lo que permite que funcionen los diferentes acoplamientos de la máquina-libro con otro tipo de máquinas, acoplamiento que no está determinado a priori y que no privilegia un tipo de conexiones en particular. Antes bien, si el rizoma permite la formación de segmentaridades y acoplamientos, de territorialidades, también permite las líneas de fuga: “Se produce una ruptura, se traza una línea de fuga, pero siempre existe el riesgo de que reaparezcan en ella organizaciones que reestratifican el conjunto, formaciones que devuelven el poder a un significante, atribuciones que reconstituyen un sujeto” (Deleuze y Guattari, 1980, p. 15). El principio que sigue el rizoma es el mapa y no el calco, en tanto que no es una representación sino una producción del inconsciente. El rizoma no calca direcciones, en él no hay organizaciones predeterminadas, sino que se trazan, se producen y en esta medida se modifican, asumen nuevas formas, asumen la multiplicidad más allá o más acá de cualquier unidad trascendente.

El calco, la representación, es siempre un procedimiento autoritario, una forma de segmentarizar molarmente el fluir del deseo, de imponer un orden predeterminado a las conexiones entre las máquinas y a las líneas de flujo: “Os romperán vuestro rizoma, os dejarán vivir y hablar a condición de bloquear cualquier salida” (Deleuze y Guattari, 1980, p. 19). Eso mismo es el psicoanálisis para Deleuze y Guattari, un mecanismo para superponer una estructura triangular al inconsciente productivo. El deseo no es familiar, es social y político, y en la escritura rizomática “la enunciación y el deseo son una y la misma cosa, por encima de las leyes, de los Estados, de los regímenes (...) Una micropolítica, una política del deseo, que cuestiona todas las instancias” (Deleuze y Guattari, 1983, p. 65). Quizá por ello no basta con utilizar la libertad como bandera macropolítica, pues en una época como la nuestra se convierte en el significante que aplasta los agenciamientos colectivos del deseo, mientras se refugia en los marcos más chatos de la subjetividad. La escritura y la lectura como rizomas buscan conexiones que desbloqueen el deseo, que truequen la idea de la individualidad (clave en los discursos neoliberales) por la de la singularidad de sus agenciamientos, es decir, las múltiples articulaciones de sus flujos.

Macropolítica y micropolítica

Los conceptos claves a este respecto son los de *molar* y *molecular*, lo macropolítico y lo micropolítico, cuya relación problemática teje y desteje el entramado de cualquier máquina social. Para Deleuze y Guattari (1980) existe una serie de regímenes a partir de los cuales está codificada la vida humana, pues “la segmentaridad es una característica específica de todos los estratos que



nos componen. Habitar, circular, trabajar, jugar: lo vivido está segmentarizado espacial y socialmente” (p. 214). Estos estratos o niveles de organización están atravesados por una segmentaridad molar o “dura” y una molecular o “flexible”, y es la relación que establecen entre sí lo que define cualquier aspecto de la realidad. Lo molar centraliza y homogeniza las segmentaciones dispersas en estructuras biunívocas (pares), centrales (concéntricas) o geométricas (lineales), agrupa los movimientos en índices y grandes conjuntos estadísticos (Deleuze, 2014). Es la naturaleza propia de los Estados, las instituciones y las subjetividades, bajo la óptica de sus contornos definidos.

Lo molecular, en cambio, es un conjunto de segmentaridades micro, heterogéneas, irreductibles las unas a las otras, imperceptibles en su naturaleza fluida, salvo por índices de los códigos que arrastra. Tanto la una como la otra hacen parte de la política, mas la primera es macropolítica, la segunda micropolítica. ¿Qué es lo que pertenece al nivel de una y otra? Lo propio de la macropolítica es la territorialización y codificación de flujos de deseo en una “línea de segmentos”, que en la sociedad atañe, por ejemplo, a la segmentación de la “masa” indiferenciada en “clases”, pero también a las identidades nacionales, grupales o individuales que se conciben como unidades cerradas, es decir, todo aquello que concierne a la organización. A la micropolítica le es propia la desterritorialización y la descodificación de los flujos de deseo y, por consiguiente, las líneas de fuga que escapan a la organización.

Podría pensarse en principio que son aspectos contradictorios, pero son dimensiones que se complementan, que se siguen la una a la otra, que se dan simultáneamente, pero que también se disocian. Lo molar es lo que organiza, lo que codifica, lo que captura, lo molecular aquello que es organizado y codificado, pero al mismo tiempo lo que constantemente está fluyendo, descodificando, que no se deja capturar, y a la vez, lo que está produciendo nuevas sobrecodificaciones y reterritorializaciones⁶⁴. En esta medida, las estructuras molares se constituyen en centros de poder en los que se conjugan una serie de flujos (de producción social, pero también de hombres, mujeres, territorios, culturas, poblaciones, etc.) a partir de un punto central que se apropia de ellos (los territorializa) y los somete a una legislación que al tiempo que destruye o captura los códigos anteriores, impone los propios (sobrecodifica).

Una estructura social se define, entonces, por el grado de sujeción de los flujos sociales a su centro, por el grado de condensación de los centros de poder. Todo es poder, ejercicio y sometimiento al poder, pero nunca en términos absolutos, siempre lo que se da es una tensión permanente, todo flujo es inestable, está en continuo movimiento, aunque dicho movimiento sea un reflujo. Con base en esto, se entiende un “centro de poder” como “frontera entre los dos”, entre las organizaciones macropolíticas y los flujos micropolíticos que se le escapan, que se define “no por su ejercicio absoluto en un dominio, sino por las adaptaciones y conversiones relativas que efectúa entre la línea [molar] y el flujo [molecular]” (Deleuze y Guattari, 1980, p. 221). Por tanto, toda

⁶⁴ “Aunque distintos y conciliables solo relativamente, los flujos moleculares y los segmentos molares son inseparables. Los flujos “puros” son abstractos, indefinibles por sí mismos, aunque no por ello irreales, imaginarios o subjetivos, sino que son inteligibles por los códigos que los capturan, así sea para señalar el desfase entre unos y otros. De igual manera, los segmentos existen solo a partir de los flujos que capturan (...) Ningún flujo es capturado por completo, siempre lleva consigo algo indiscrible que no puede ser definido, sino apenas captado a partir del código o del segmento que arrastra y que rechaza al mismo tiempo” (Landinez, 2020, p. 27).

organización funciona estropeándose: en la misma medida que impone sus lineamientos deja en evidencia aquello que se le escapa; para toda ley existe una forma de quebrantarla.

Las líneas de fuga son espacios de resistencia molecular que buscan desbloquear las salidas que determinadas organizaciones molares imponen sobre el deseo, y el libro puede ser el rizoma que funcione como máquina de guerra, máquina “que no tiene verdaderamente la guerra por objeto, sino la emisión de cuantos de desterritorialización, el paso de flujos mutantes (en ese sentido, toda creación pasa por una máquina de guerra)” (Deleuze y Guattari, 1980, p. 233). Es en esta línea argumentativa que Deleuze afirma, a propósito del *Antiedipo*: “Lo que buscamos en un libro es el modo en que abre paso a algo que escapa a los códigos: flujos, líneas activas de fuga revolucionaria, líneas de descodificación absoluta que se oponen a la cultura” (Deleuze, 1996, p. 39).

El rizoma es la posibilidad de que el deseo fluya y se construya: “Contrariamente al grafismo, al dibujo o a la fotografía, contrariamente a los calcos, el rizoma está relacionado con un mapa que debe ser producido, construido, siempre desmontable, conectable, alterable, modificable, con múltiples entradas y salidas, con sus líneas de fuga” (Deleuze y Guattari, 1980, p. 26). Se opone a la predeterminación de los objetos del deseo y a la reducción del inconsciente a pura representación que hay que interpretar. En este mismo sentido, el rizoma es una “meseta”, es un campo de intensidad, es una multiplicidad que no se conecta con otras multiplicidades por un comienzo y un final, como en una segmentaridad lineal, sino por cualquier lado, es un intermedio continuo.

CONCLUSIONES

¿Qué sería escribir en el sentido que proponen Deleuze y Guattari? Construir sistemas abiertos en los que los conceptos “remiten a circunstancias y no ya a esencia” (Deleuze, 1996, p. 53), crear máquinas en las cuales el deseo pueda conectarse según las máquinas de cada quien, plantear la posibilidad de nuevos agenciamientos, nuevas conexiones entre flujos heterogéneos. En suma, la escritura debe ser la posibilidad de desbloquear el deseo de las estructuras cerradas, del triángulo edípico papá-mamá-hijo que impide el nomadismo de los flujos y las conexiones maquínicas, así como de imponer barreras entre las máquinas individuales y las máquinas sociales. Se puede entender la escritura como uno de los rostros del deseo, pues no lo representa, sino que lo agencia, no se refiere oblicuamente al secreto innombrable que reprime la vergüenza, sino que utiliza las palabras para cartografiar, rehacer y deshacer sus callejones sin salida, logra pensar, como hace Miller (1977), el caos como un principio creador, pues “el caos es la partitura en la que está escrita la realidad” (p. 8).

Desde esta perspectiva es posible establecer una conexión precisa entre la escritura y el pensamiento, pues es una apuesta crítica en la que los conceptos pueden crear nuevos espacios de emancipación, trazar mapas para la producción del deseo y, sobre todo, como señala Deleuze desde sus primeras obras, hacer violencia al “sentido común” que aprisiona cotidianamente al pensar. La apuesta deleuziana es, así, una mirada al futuro, una exhortación a la experimentación del pensamiento en la escritura. ¿Es acaso también una lectura del pasado, una mirada que perfila una escritura nómada de la historia? Quizá sea posible asumir el pasado no como algo dado, sino como una construcción constante en la que se trazan mapas y no calcos, en la que también se



experimentan formas de agenciar sus registros, ¿y si el relato histórico no siguiera líneas de causalidad, sino que las trazara? ¿Si acaso no las reprodujera, sino que las creara? Si la realidad es rizomática, si el tiempo y el espacio son heterogéneos, ¿no es posible trazar en la historia líneas de fuga que permitan escapar a estructuras molares académicamente (y no por ello menos autoritariamente) construidas? Evidentemente, subvertir el orden y las estructuras consciente e inconscientemente asumidas no puede darse sin resistencia, sobre todo cuando no se muestran vías concretas de cambio, sino que toca crearlas.



REFERENCIAS

- Deleuze, G. (1996). Conversaciones. Pre-textos.
- Deleuze, G. (2014). El poder: curso sobre Foucault. Cactus.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (1972). El Antiedipo: capitalismo y esquizofrenia Barral.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (1980). Mil mesetas: capitalismo y esquizofrenia. Pre-textos.
- Deleuze, G., y Guattari, F. (1983). Kafka. Por una literatura menor. Era.
- Landinez, D. (2020). Poder, control y líneas de fuga en Foucault y Deleuze. Uniediciones.
- Miller, H. (1977). Trópico de Cáncer. Círculo de lectores.
- Pardo, J. L. (1990). Deleuze: violentar el pensamiento. Cincel.